

jurídicas o históricas, y añadió: —*Ten presente que para que la pirámide sea alta, su base ha de ser muy ancha.*

A los alumnos intelectualmente indisciplinados les dejaba trabajar según las propias iniciativas, aunque aquel camino no condujese a resultados positivos, pues de esta manera llegaban a profundizar en materias que desconocían. Vigilaba benévolutamente desde lejos, respetando las inclinaciones de cada uno, corrigiendo y orientando oportunamente, y a todo esto—añade De Francisci—con una suave y afectuosa indulgencia, como si temiese humillar o desanimar al discípulo que a él, por el contrario, le gustaba corregir, estimular y confortar sobre todo en las horas de vacilación y desalientos.

De esta manera, Ferrini resultaba para sus alumnos maestro mucho más fecundo que en la propia cátedra. «A todos los que dentro y fuera de la Universidad de algún modo se le acercaban—dice De Francisci—, se les mostraba como un maestro de vida. La firme y no ostentosa fe que inspiraba cada palabra y guiaba cada gesto; la constante y rigurosa coherencia entre el pensamiento y la práctica; la valiosa afirmación de su sentimiento católico en un mundo en que parecía debilidad no proclamarse, con grotesca expresión, libre-pensadores; la serena sencillez de la vida; el amplio y generoso sentido de humanidad; la sed inextinguible de bondad y de verdad; la absoluta dedicación a su deber; el ascético vivir en su trabajo y para su trabajo, que sólo interrumpía para orar o para escalar las cimas de los Alpes, como si quisiera allá arriba sentirse más cerca de Dios; toda esta riqueza espiritual fascinaba misteriosamente no sólo a los amigos, sino también a los adversarios, y le procuraba el amor y respeto de compañeros y discípulos».

El espíritu de Ferrini en su magisterio

La cátedra era para el gran romanista una atalaya apostólica. «Enseñaré con paciencia y celo—dice en su *Reglamento de vida*—, procurando ayudar a las almas, al menos con internas aspiraciones, lo cual haré siempre que haya de tratar con los demás».

Esto justifica cierta preferencia que Ferrini mostraba hacia sus alumnos incrédulos o poco religiosos. Temió Ferrini que esta predilección redundase en perjuicio de los demás discípulos o que sirviera de escándalo, y consultó a su confesor. Le preguntó éste por qué distinguía a los incrédulos:

—*Para llevarlos del error a la verdad, si me fuese posible*—respondió Ferrini.

